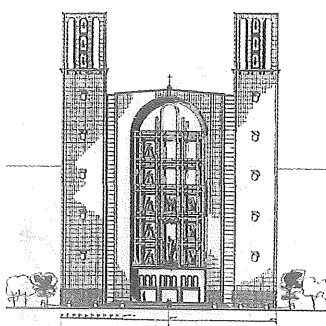


## luis laorga y las viviendas para los militares americanos carlos sambricio

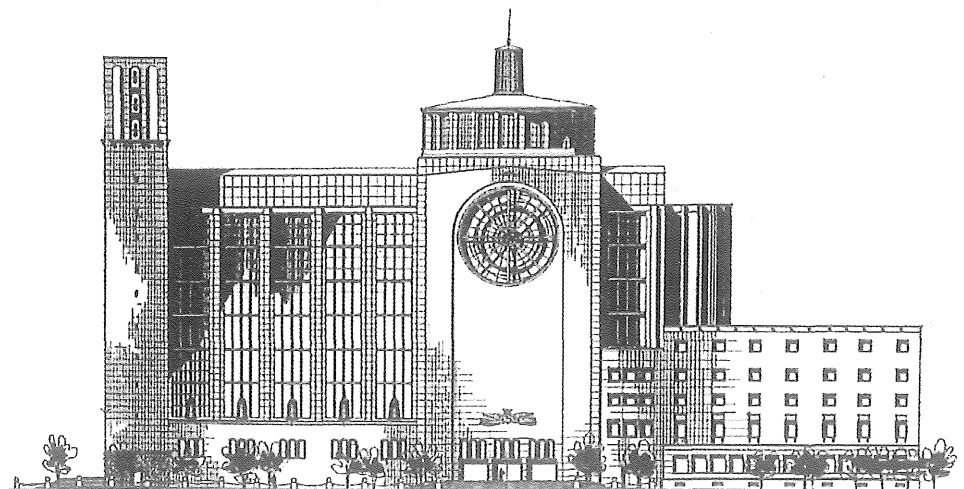
Al conversar con quienes fueron protagonistas de la arquitectura española en los cincuenta, el nombre de Luis Laorga aparece de forma recurrente, en toda conversación, si bien las referencias a su persona y trabajo son siempre imprecisas y abstractas. Arquitecto que tuvo su gran momento en la década de los cincuenta ocurre, sin embargo –y digo ello a riesgo de equivocarme– que quienes a lo largo de su vida profesional compartieron con él estudio pocas veces hicieron mención a su persona, ni precisaron cuál fue su aportación específica en proyectos reconocidos por todos como hitos arquitectónicos o comentaron algo acerca de su cultura y formación. Muchas veces, por ejemplo, oí a Sáenz de Oíza hablar de la Basílica de Aránzazu y otras tantas le escuché comentar su colaboración con Oteiza: pero no recuerdo (quizá la culpa sea mía) que destacara que fue concebido (y premiado) por un equipo de dos arquitectos (él mismo y Luis Laorga); tampoco que el Premio Nacional obtenido en 1946 lo consiguiera con Laorga o que el galardón logrado en el concurso para construir la madrileña Basílica de la Merced fuera también fruto de un trabajo en equipo.

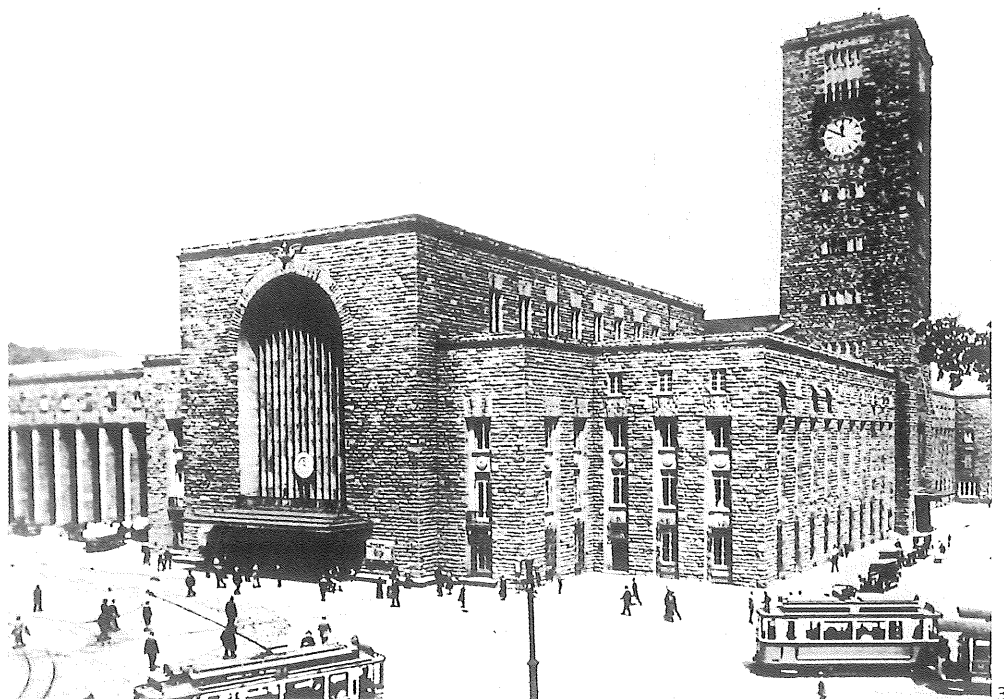
Es sabido que la disolución del estudio profesional de dos arquitectos que durante un tiempo trabajaron juntos genera un mar de confusiones que impide comprender cómo fue el trabajo común: incluso, cabría añadir, en los 'repartos' que se llevan a cabo tras la división de las pertenencias del estudio (o de los trabajos sin concluir) cabe la atribución para uno o para otro de proyectos concluidos, con lo que comprender lo qué fue una realidad pasada se hace difícil. Firmados por los dos (y publicados en su día a nombre de ambos) años más tarde aparecen como obra de uno de ellos, desapareciendo –por haberse así pactado– la referencia al antiguo socio. Podría citarse, como ejemplo, lo ocurrido en la década de los sesenta con aquel ingenioso módulo concebido por Ruiz Hervás y Leoz para la construcción de viviendas y al que pusieron como nombre las iniciales de los apellidos de cada uno (He-Le): al disolverse la colaboración entre ambos y distribuirse méritos y trabajos, el módulo quedó asignado a Leoz, denominándose desde ese momento módulo 'ELE', lo que hizo pensar a un público no especializado (incluso algunos críticos, como Fullaondo, así lo aceptaron) que correspondía a la inicial del apellido de su inventor. En aquel 'baile', la trayectoria profesional de Laorga se vio quebrada en tres momentos: el primero, cuando tras formar equipo con Martínez Chumillas y presentarse juntos a distintos concursos, abandonan el trabajo conjunto; luego, Laorga organizó equipo con Francisco Javier Sáenz de Oíza presentándose a varios concursos, obteniendo en todos ellos un público reconocimiento esbozando una línea de reflexión que nunca luego (ni uno ni otro) desarrollaron. Interrumpido, tras Aránzazu, el trabajo conjunto, Laorga se asoció con un joven titulado, José López Zanón, realizando juntos una obra dispar y difícil de entender, donde junto a edificios de excepcional calidad surgieron otros dudosos cuando no banales. Desde mediados de los cincuenta y hasta los setenta, Laorga fue socio de José López Zanón y en aquel estudio se proyectaron tanto los poblados de viviendas para los militares americanos construidos en Madrid y Zaragoza como un conjunto de escuelas de náutica entre las que cabría destacar las de Cádiz, Vigo o Bilbao. Y en determina-

1 y 2 Basílica de la Merced. Alzados. Madrid. Concurso: 1949; comienzo de las obras: 1954. F. J. Sáenz de Oíza y L. Laorga.



2





do momento de los años setenta, Luis Laorga –doliente de grave enfermedad– dejó de interesarse por la arquitectura, centrando su atención exclusivamente en la pintura y la lectura.

Laorga había terminado sus estudios de arquitectura en 1944, integrado en la generación de quienes se debatían sobre el sentido del monumentalismo clasicista. En 1946 participa, con Martínez Chumillas, en el concurso convocado para la construcción de residencias y ambulatorios (se pedía una solución para residencia con 500 camas y una segunda para 100 camas) obteniendo el premio a la segunda opción con un proyecto todavía concebido desde referencias absurdamente retóricas; sólo un año más tarde, y formando ahora equipo con Oíza, se presenta al Concurso Nacional de Arquitectura convocado para ordenar el entorno del Acueducto de Segovia, obteniendo el Primer Premio.

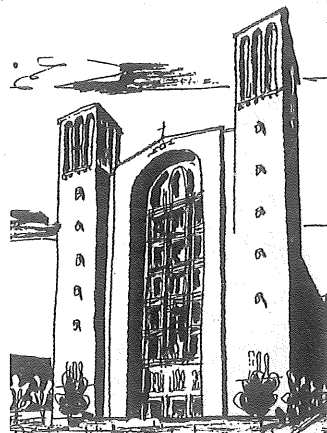
Si la propuesta concebida junto con Martínez Chumillas no merece ser destacada, la que presenta con Oíza supuso uno de los primeros quiebras que, desde la incipiente modernidad, se dio en aquellos años frente a un monumentalismo carente de contenido. En momentos en que todavía Ambrós y Olasagasti proyectan (en el madrileño solar del antiguo Cuartel de la Montaña) su absurda 'Casa del Partido', retomando la referencia escurialense de Gutiérrez Soto (pero sin comprender el valor de la planta concebida por este) imponiendo un rígido frente de fachada, Laorga y Oíza abandonan dicha retórica y resuelven el tema mediante una solución urbana. Brillante y compleja, cabría decir, porque Laorga y Oíza organizan en el entorno del Acueducto una doble plaza: la primera, frente a él, enfatiza y valora el monumento aislándolo de su entorno; la segunda, irregular, dispuesta en la trasera de la anterior, busca articular la secuencia entre la ciudad y el monumento. Frente a quienes propugnaban enmarcar aquel entorno con edificios falsamente grandilocuentes, su idea fue mantener, en la composición de las fachadas, la reflexión sobre lo popular. Proyecto fresco y desenvuelto frente al resto de los presentados, evidenciaba un respeto por el Acueducto y su entorno que, sospecho, llegaba a estos arquitectos a través de las enseñanzas recibidas por el Catedrático de Historia de la Arquitectura de la Escuela, el maestro que fuera Torres Balbás.

Aquella propuesta 'lanzó' al equipo compuesto por Laorga y Oíza como cabeza de lanza contra el pastiche historicista antes incluso que Fisac criticara el abusivo uso del lenguaje escurialense, reclamando una arquitectura ajena al gesto y a la teatralidad. En 1946 era pocos los que se atrevían a abandonar la imprecisa arquitectura de Estado; por ello, cuando en 1949 Laorga y Oíza concursan para construir una Basílica Hispano-Americana en la prolongación de Castellana, su solución nada tiene que ver ni con la presentada por Fisac (una sorprendente estilización del clasicismo, retomando el lenguaje poco antes utilizado en la madrileña iglesia del Espíritu Santo) ni

3 Estación de Stuttgart. 1914-28. Paul Bonatz.

4 Basílica de la Merced. Perspectiva. Madrid. Concurso: 1949; comienzo de las obras: 1954. F. J. Sáenz de Oíza y L. Laorga.

4



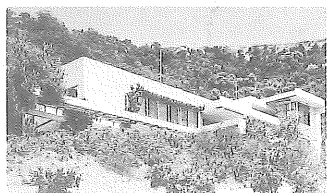


5

con soluciones tradicionales como las que conciben García de Pablos, Muñoz Monasterio o Martínez Chumillas. Aceptando en principio la reflexión clasicista, Laorga y Oíza rechazan la interpretación que se hiciera en la España de los primeros años de la posguerra. Buscando retomar el hilo perdido de la historia vuelven su atención hacia los supuestos definidos, antes de la guerra por R. Schwarz, D. Böhm o R. Krammreiter. Coincide este quiebro con la visita Paul Bonatz que realiza a Madrid en esos años y con las conferencias que impartiera sobre las nuevas orientaciones de la arquitectura alemana. Y si Bonatz fue determinante en 1930 con sus recomendaciones (como miembro del Jurado del Concurso Internacional para la Extensión de Madrid) sobre el desarrollo urbano de Madrid, veinte años más tarde volvía a jugar un papel singular apuntando la alternativa a la vía muerta a la opción escurialense. Laorga y Oíza concursan para construir la Basílica de Aránzazu, la solución que presentan es casi idéntica a la presentada poco antes en la Basílica: un año más tarde ambos arquitectos interrumpen la colaboración, desarrollando desde ese momento una actividad diferente.

No es momento para polemizar sobre quién (Oíza o Laorga) llevó la iniciativa en la Basílica (en la prolongación de la Castellana) o en el ejercicio de Aránzazu, aunque sí podría esbozarse la hipótesis de que en ésta última la composición fue obra de Laorga mientras que el trabajo de Oíza consistió en 'jugar' con la solución inicial, rompiendo la forzada y correcta propuesta presentada para el proyecto madrileño. La tensión entre dos formas distintas de entender la arquitectura, sin duda, forzaron la separación. Oíza partía hacia América y, tras su vuelta, participa con Romany, Cubillo, Alvear y Sierra en la jesuítica cooperativa de viviendas del 'Hogar del Empleado', proyectando con ellos el poblado de Entrevías y concibiendo luego, solo ya, el poblado de Fuencarral 'A'; a su vez, Laorga se refugió bien en obras menores para la Iglesia (la parroquia del Rosario, por ejemplo, en la madrileña Carretera de Extremadura, o la iglesia para el Colegio del Recuerdo, de los jesuitas, en Chamartín de la Rosa) bien trazando las viviendas para obreros de la Colonia Moscardó, trabajando para los jesuitas en Palomeras, proyectando los primeros institutos laborales, dirigiendo el equipo que —por encargo de la OSH— actuó en Caño Roto o participando en la ordenación de la colonia de Los Peñascales.

5 y 6 'American way of life'. Casas californianas publicadas por la revista *Architecture d'Aujourd'hui*. 1946.



6

Actuar en Los Peñascales y, paralelamente, en el madrileño barrio obrero de Caño Roto refleja las contradicciones de aquella generación de arquitectos; ejemplo de esta confusión es el número de la *Revista Nacional de Arquitectura* de junio de 1952 donde, junto al proyecto de Laorga de la capilla para la Congregación Mariana Universitaria (en la que retoma, en la decoración inte-

rior, elementos vistos en las dos basílicas citadas) se publica la convocatoria del seminario organizado por CIAM y dirigido por Albini, Gardella y Rogers, a celebrar en Venecia durante el verano de aquel 1952; aparece igualmente el proyecto de reforma y ampliación de unas viviendas que Martorell y Bohigas proyectan en Barcelona; la 'vivienda en la falda del Tibidabo', de Coderch, Font y Valls; un extenso artículo de Rafael Aburto sobre "Dalí y la arquitectura" y se publica la Sesión Crítica de Arquitectura dedicada a 'Sanatorios' que presenta Eugenio de Aguinaga y en la que se publican los trabajos de Aalto en Paimio o de Pereira, en Waukegan (USA).

Los primeros momentos de la década de los cincuenta no fueron años especialmente brillantes para Laorga: socio ya, en aquellos años, de José López Zanón, del estudio profesional que ambos abren salieron propuestas tan singulares como el madrileño edificio de la calle Concha Espina, la Escuela de Náutica de Cádiz o la construida en Vigo: pero, de entre todos aquellos proyectos, el más singular es el conjunto construido en El Encinar de los Reyes, destinado a servir de alojamiento para los militares americanos llegados a España tras el pacto de 1953.

La presencia de las bases americanas en Madrid, Zaragoza y Rota se convirtió pronto en una extraña referencia para el español medio. De inmediato la simple mención 'a los economatos de las bases' se convirtió en sinónimo de abundancia y riqueza: más allá del 'Bienvenido, Mr. Marshall', el testimonio de la presencia americana fueron tanto las imágenes de los marinos de la VI Flota en el barrio Chino de Barcelona como la presencia de aquellos enormes coches (los suntuosos *haigas* que recorrían Cádiz, Madrid o Zaragoza con placas de matrículas correlativas, como si para identificarlos fuese preciso ver si la misma correspondía a un '70.000', un '90.000', un '110.000', un '130.000' ó a un '150.000'). A nivel popular, la 'ayuda americana' se hizo presente, por ejemplo, en enormes bidones cilíndricos de cartón, llenos de leche en polvo, que llegaban a las escuelas para los escolares. Pero, junto a ello, la ciudad cambió: los primeros americanos que llegaron a Madrid se alojaron tanto en la prolongación de Castellana (entre el Bernabeu y Plaza de Castilla, en un bloque que, al ser ocupado en su casi totalidad por los militares de la base, se denominó 'Corea') como en el entonces periférico barrio del Niño Jesús, en las inmediaciones del Retiro. Acostumbrados a una forma de vida antiurbana y reclamando un tipo de vida similar al del *American way of life*, pronto abandonaron Madrid o

7 Viviendas para militares americanos. Estado actual. Zaragoza, 1955-58. L. Laorga.





Zaragoza, trasladándose a las inmediaciones de las bases. En Madrid, Torrejón y Alcalá de Henares (según estudiaba por entonces el IEAL, la población apenas contaba en aquellos años con 20.000 habitantes) cambiaron en pocos años, transformándose el área próxima a la base en un extraño gueto.

El propio ejército americano se preocupó por aquella situación y sabemos que en la misma base de Torrejón se organizó una oficina de proyectos denominada 'ASB' en la que un amplio grupo de arquitectos españoles (Carlos Pfeiffer, Durán de Cottes, Eugenio Casas, Valentín Picatoste, Florentino Rodríguez, Barbero, de la Joya, Barberá, Galmés, Faci y Antonio y Luis Vázquez de Castro, entre otros) a las órdenes del arquitecto americano Jack Self –discípulo en Chicago de Mies– proyectaron primero hangares y luego estaciones, hospitales, cuarteles, escuelas, supermercados y capillas, tomando como referencia una sorprendente *Guía de soluciones* editada por el propio ejército americano. Aquella oficina fue importante y prueba de ello es que Neutra visitó Madrid (o, mejor, las obras en ejecución concebidas en la Oficina de Proyectos de la Base de Torrejón) cuanto menos en dos ocasiones. Fue él, con la ayuda exterior de Faci y Anasagasti, quien trazó una pequeña colonia de viviendas para jefes y oficiales en las inmediaciones de Pozuelo. Pocos años más tarde, sin duda por los problemas que suponía a Neutra viajar desde California, en 1955 se constituía la llamada Inmobiliaria 'El Encinar de los Reyes S.A.' con objeto de construir en las inmediaciones de La Moraleja (en la salida norte de la Capital) una ciudad satélite de lujo para dichos jefes y oficiales.

En 1945 se había producido en Madrid una situación nueva: en una ciudad todavía destruida en gran medida por los bombardeos que sufriera durante el asedio y donde los problemas de falta de vivienda eran acuciantes, la alta burguesía había optado por abandonar la ciudad, marchando a ciudades-satélites como La Florida, Puerta de Hierro, Moraleja, Nuevo Madrid o Mirasierra, situadas todas ellas en el límite del segundo cinturón verde previsto por Bidagor. A comienzos de 1945 la 'Nueva Inmobiliaria Española, SA' presentaba a la Comisaría de Ordenación Urbana de Madrid un proyecto de ciudad satélite, a construir en La Moraleja, especificando que su objetivo era construir viviendas unifamiliares de forma tal que el conjunto no perdiera su carácter forestal. Aprobado definitivamente en 1949 (la propuesta había sido redactada por Manuel Cabanyes) en una de las entrevistas que, a lo largo de varios años, mantuvo con Bidagor, éste me comentó cómo, durante las negociaciones mantenidas con los antiguos propietarios del suelo, fueron éstos quienes impusieron la condición –para aceptar la venta de la finca– que no se talara ninguno de los árboles del pinar existente. Esta 'razón' llevó a que Bidagor fijara la hectárea como superficie mínima por parcela, convirtiendo así la zona en reserva verde: y fue precisamente esta circunstancia la que en 1955 atrajo la atención del Grupo Militar Conjunto His-

8 Mr. Ted and Mrs. Bonnet House. Los Angeles (California), 1942. R. Neutra.



pano-Americano, que convocaba un concurso entre promotoras para la construcción de viviendas en alquiler, destinadas al personal militar de sus fuerzas aéreas, obteniendo 'El Encinar de los Reyes, SA' el encargo de su ejecución.

El programa establecido por Grupo Militar Conjunto fijaba tanto el número de viviendas a construir como sus características y renta: llevados por la grandilocuencia de la época, en un primer momento se propuso construir 866 viviendas, disminuyendo su número poco después. "El Encinar de los Reyes S.A." encargó el proyecto a Laorga y Zanón, fijando como condición concebir un tipo de edificación capaz de albergar un máximo de cuatro familias, con el grado de intimidad e independencia exigido por la mentalidad americana (y en ello se hacía especial hincapié). La respuesta de los arquitectos fue agrupar las cuatro viviendas en dos plantas, en forma de 'I', de manera que sus accesos y vistas parciales se orientaran hacia los cuatro vértices de la parcela, dando así independencia a cada uno de los vecinos. Jugando con el terreno y ajustándose a la topografía, proponían seis variantes (en función del número de dormitorios) al tiempo que definían una nueva tipología (en forma de 'H', de una sola planta) para oficiales de alta graduación.

La propuesta de Laorga y Zanón para aquellas viviendas aparecía en los años finales de una década marcada, por extraño que parezca, por una sorprendente e inexplicable presencia de la arquitectura californiana. Quien repase, por ejemplo, los primeros números de *Informes de la Construcción* quedará sorprendido al ver cómo reiteradamente se publicaban ejemplos de arquitectura californiana concebidos por Neutra, Breuer, Schindler... Ni por las soluciones constructivas utilizadas, ni por los materiales ni por el programa de necesidades de aquellas viviendas unifamiliares aquellos ejemplos tenían sentido en aquella España, en un país donde era difícil obtener cemento para la edificación, en la que el hierro para la construcción era materia de estraperlo y cuando el uso de grandes cristalerías o los detalles constructivos que publicara la revista eran absolutamente ajenos a la práctica cotidiana. Pero entre las primeras noticias sobre aquella arquitectura (1949) y el proyecto de Laorga y Zanón (1958) habían transcurrido casi diez años, la reflexión sobre la vivienda individual, sobre el espacio interior y sobre la decoración había variado de manera más que sensible.

La década de los cincuenta se caracterizó, es sabido, por la reflexión sobre el estándar mínimo en la vivienda social. El éxodo masivo de quienes abandonaban el campo, llegando a las grandes poblaciones, forzó una política de creación de poblados de emergencia en los que, los arquitectos que intervinieron, se vieron obligados a retomar la reflexión esbozada años antes por Jacobsen, Oud o los arquitectos alemanes e italianos encargados de la reconstrucción. Lo que ya en 1949 fuera la primera reflexión en la V Asamblea Nacional de Arquitectos y luego el concurso convocado por el mismo Instituto Eduardo Torroja sirvió de revulsivo para abandonar los rígidos modelos defendidos, desde el INV, por Fonseca. En torno a 1954, la propia OSH iniciaba la discusión sobre una posible normalización de las viviendas económicas y la política esbozada por Julián Laguna en Madrid, como Comisario de Ordenación Urbana, se reflejó en la construcción de los primeros poblados de absorción (los que buscaban 'absorber' a los habitantes de las chabolas), los poblados dirigidos (los que se construyeron buscando encauzar y dirigir a la emigración que en esos momentos llenaba las ciudades) y los agrícolas, dando un pequeño huerto a las viviendas y potenciando la política autárquica defendida por algunos. Fueron momentos en que el debate consistió en abandonar las imprecisas tipologías defendidas por Regiones Devastadas y se pasó a una reflexión sobre la célula mínima, participando en el debate arquitectos de la generación de Laorga entre los que podría destacarse a Oíza, Sierra, Cubillo, Romany, Alvear...

Sabemos que Laorga había participado, en 1954, en el equipo que proyectó el poblado mínimo de absorción de Caño Roto construido por la OSH responsabilizándose de elaborar la Memoria y fijando no sólo las calidades constructivas sino, y sobre todo, la distribución en planta de unas viviendas que apenas superaban los 42 m<sup>2</sup>. Por el cometido asignado es evidente que Laorga no sólo tenía una larga experiencia sino que contaba con un conocimiento notable de cuánto ocurría fuera de España en materia de vivienda. Cabría contrastar la solución dada a las viviendas del Poblado Mínimo de Caño Roto o con las que Oíza formuló tanto en las viviendas del Hogar del Empleado, en Entrevías, pero ello nos desviaría la atención del tema, por cuanto que en las viviendas de El Encinar de los Reyes (o en las construidas en Zaragoza por la misma sociedad) se dio la habitual escasez de hierro, cemento o vidrio para organizar amplias ventanas, algo inusual en aquella España.



9 Pabellón de España en la Exposición Universal de Bruselas. 1958. J. A. Corrales y R. V. Molezún.

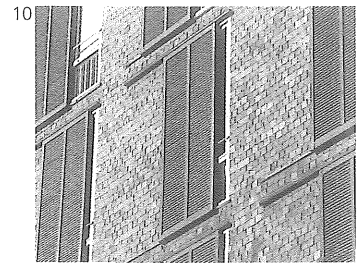
La propuesta que Laorga y Zanón elaboran tanto para las viviendas de los americanos en Madrid como las que conciben para Zaragoza reflejan de qué modo la reflexión sobre la vivienda que se llevó a cabo a lo largo de la década cobra nuevo sentido cuando se da libertad al arquitecto para construir con materiales inusuales en aquellos años, cuando se juega con superficies en planta que nada tienen que ver con lo que venían realizando el resto de los profesionales. Frente a los rígidos programas imperantes en la construcción de los poblados, por primera vez los arquitectos madrileños afrontan lo que podríamos llamar ‘una arquitectura de abundancia’ en años, reitero, en los que la simple mención al ‘economato de la base’ hacía soñar con bienes inaccesibles (o, incluso, inimaginables) a quienes abandonando la España rural vivían, como mal menor, realquilados, cuando no directamente en los poblados de chabolas que rodean las grandes capitales. Laorga y López Zanón ya no tienen que preocuparse, como ocurriera con Rafael de la Hoz, en definir el ajuar, en establecer el mobiliario ‘mínimo’ para las viviendas de la OSH: por el contrario, los militares americanos gozan del privilegio de poder visitar los almacenes de muebles existentes en las Bases, eligiendo mobiliario y electrodomésticos. Si poco antes la *Revista Nacional de Arquitectura* había publicado una breve nota sobre el concurso de muebles convocado por el MoMA (informando sólo, al no tener permiso para reproducir la ilustración) y del que fueron ganadores los Eames, ahora –en las casas para los americanos del Encinar de los Reyes– los arquitectos madrileños pueden ver (en publicaciones españolas) no sólo cómo se ordenaba el espacio interior en una de aquellas míticas viviendas sino también, y sobre todo, como los vientos soplaban ya en dirección bien distinta a lo que todavía las revistas ‘de sociedad’ proponían como modelo de decoración interior para las viviendas de la burguesía de la época.

La modernidad surgió, en la España de comienzos de los cincuenta, en la vivienda económica mientras que la burguesía mantuvo, hasta bien entrada la década de los sesenta, el modelo definido en los cuarenta. Fisac primero, en su propuesta para el concurso convocado por el COAM en 1949, y luego De la Hoz, Oíza, Vázquez de Castro y tantos otros propusieron, en los poblados, un modelo de vida moderno que sólo décadas más tarde fue asumido por quienes proyectaban viviendas de más de 100 m<sup>2</sup>. Contrastar las revistas de arquitectura con las revistas de decoración publicadas en la época refleja en cierta medida la esquizofrenia de aquella época. Lo interesante en el proyecto de Laorga y Zanón es que permite valorar tanto la respuesta

arquitectónica que dieron como la voluntad por definir un espacio, desde parámetros distintos a los habituales hasta entonces. Renunciando a utilizar una posible estructura de hormigón en altura, definieron un muro de carga perimetral de doble altura, de cuarenta metros de largo por apenas once de ancho, que dividían en dos, dando a cada una de las dos viviendas una superficie útil aproximada de 150 m<sup>2</sup>. En planta, el espacio se valoraba como una doble crujía donde un núcleo central, de servicio, que diferenciaba la zona reservada a estar (la chimenea servía de elemento organizador de aquel espacio, separando el comedor de la zona de estar) de la destinada a dormitorios, organizada a derecha e izquierda de un pasillo distribuidor. Disponiendo las escaleras de acceso a la planta superior en la fachada, aparecía en ella una extraña contradicción entre los muros de cristal presentes (retomando lo que entendían, a través de los citados 'Informes', que debía ser característico de la arquitectura de cristal) y el uso dado al ladrillo visto, demostrando una tradición y una forma de valorar el material acorde con la experiencia madrileña de aquellos años. De este modo conseguían una extraña síntesis entre la arquitectura californiana y los ejemplos planteados por Oud, Gardella o Jacobsen, por cuanto las persianas deslizantes de madera (retomando el recurso utilizado en Caño Roto) se acoplaban mediante simples tapajuntas, al tiempo que la carpintería metálica utilizada (chapa doblada) dispuesta en principio para todas las ventanas hubo de limitarla, ya en obra, a las habitaciones principales, adoptando para el resto carpintería metálica comercial.

Durante algún tiempo aquel proyecto fue ejemplo de modernidad y cambio. Publicado en la misma revista *Arquitectura* en la que el joven Higuera daba a conocer su proyecto Fin de Carrera, la propuesta de Laorga y Zanón demostraba un saber hacer profesional nuevo y ambicioso en su planteamiento en el mismo año en que Corrales y Molezún trazaban el pabellón de España en la Expo de 1958.

10 y 11 Viviendas Borsalino. Alejandría (Italia), 1952-54. I. Gardella



11

